

## Jaime Bayly - Mi último partido de fulbito

Mi hermano menor partía a Colorado y, aprovechando que los ocho hermanos nos encontrábamos en Lima, decidimos jugar un partido de fulbito para despedirlo. No imaginé que sería también mi despedida del fulbito.

El último partido que había jugado me había dejado bastante maltrecho. Fue un áspero encuentro deportivo en una cancha de cemento de Viña del Mar. En aquella ocasión, ejecuté una maniobra llena de picardía, hamacándome como Rivaldo, y sufrí dos consecuencias igualmente dolorosas: las risotadas de mis rivales y los tres días que pasé en cama con un desgarró muscular.

-Nunca más jugaré fulbito -le dije a Sandra, cuando llegué a Lima, todavía tieso por el dolor.

-Siempre dices lo mismo- respondió ella con resignación-. Te apuesto que en un par de meses volverás a jugar.

-Te equivocas -le dije, serísimo-. Esta vez mi retiro es para siempre.

Pero ella tenía razón. Mis hermanos me invitaban a jugar un partido para despedir al menor y no podía defraudarlos. Siendo yo el mayor, fui víctima de burlas y habladurías sobre mi avanzada edad y mis diversos achaques, y por eso decidí jugar con ellos para demostrarles que todavía podía pisar la pelota finamente y encarar al rival con claro espíritu pendenciero.

-Te prometo que será el último partido -le dije a Sandra antes de salir hacia Cieneguilla, un sábado soleado y prometedor, amarrándome las zapatillas, respirando hondamente, para darle al momento una cierta solemnidad torera.

-Cuando vengas cojeando, no me pidas que te eche cremitas -me dijo ella, previsora.

-No estoy tan viejo, baby. Voy a meter tres goles hoy. La clase nunca muere.

Quemaba sin piedad el sol allá arriba en Cieneguilla cuando, en una cancha de pasto mal recortado, y bajo la atenta mirada de algunos sobrinitos, los ocho hermanos nos alineamos en un equipo imbatible y enfrentamos, seguros de la victoria, a un puñado de trabajadores de casas vecinas, ocho humildes nativos de esos áridos cerros sin historia. El capitán de nuestros rivales se llamaba Melanio. Era un jovencito esmirriado, de corta estatura y mirada se diría que asustadiza.

-Les vamos a romper el orto -le dije, dándole la mano, tratando de intimidarlo.

Melanio sonrió y pidió plata:

-Cien soles al equipo ganador.

-Trato hecho -contesté, desafiante.

Cuando comenzó el partido, y tras echar un vistazo a nuestros adversarios,

más bien bajitos y de muy enjuta contextura, supe que ganaríamos y que les daría una lección inolvidable de buen fútbol a esos ocho sibilinos habitantes de Cieneguilla que, creyendo que no los oía, susurraban:

-Es el ex niño terrible, el que salía con Coco Marusí.

-Enanos insidiosos, pigmeos maledicentes, los vamos a hacer papilla- me dije, antes de persignarme y rogarle al Altísimo que me concediera la gracia de marcar un par de golcitos justicieros.

Apenas a los cinco minutos de juego, aún no había tocado la pelota y ya nos habían metido tres goles. Yo había pedido, además de la capitanía, el puesto (incomprendido) de líbero, como último hombre, para conjurar las emboscadas rivales, pero llegaba siempre tarde y no alcanzaba a detener a esos agilitos giles de Cieneguilla, especialmente a Melanio y su hermano Magdaleno. Al ver que mis hermanos se quedaban cómodamente en las posiciones de avanzada, víctimas sin duda de una feroz resaca, perdí la paciencia y apelé a mi condición de capitán y hermano mayor:

-¡Bajen, pues, carajo!

-No jodas, oye -fue la respuesta de uno de ellos, que zigzagueaba no por su habilidad innata sino porque corrían por sus venas botella y media de whisky que había bebido la noche anterior en una esquina de Punto G.

Comprendí que nuestro equipo estaba diezmado por el trago y la mala noche. No sería fácil ganar. El partido recién comenzaba y mis hermanos y yo resoplábamos como toros viejos y malheridos, mientras esos enanos picarones nos escondían la pelota y corrían a una velocidad malsana, que hacía imposible neutralizarlos o al menos aplicarles un severo planchazo.

-Estamos jodidos -le dije a mi hermano Arturo, que me acompañaba en la defensa.

-Hay que probar de lejos -dijo él, y poco después reventó la pelota y colgó al arquero, primo de Melanio y Magdaleno, igualmente chaparrito, de nombre Malvino (en honor a las islas Malvinas, según me contó al terminar el partido).

Poco después me quedó una pelota mansita para meter el rechazazo seco y letal. Supe que sería gol antes de patear. Después de patear, supe que no le había dado a la pelota sino al césped y que me había roto la uña del dedo gordo.

-¡Foul! -grité, pero nadie me hizo caso, el enano Magdaleno se rió en mi cara y, aprovechando mi doloroso traspié, nos metieron un gol más.

No podía correr bien, el dolor crecía en el pie derecho, pero de ninguna manera me rendiría: teníamos que ganar ese maldito partido y dejar en alto el honor familiar ante la falta de respeto de esos jardineros de nombres improbables. Lo cierto es que, a pesar de mis esfuerzos, no veíamos una y ellos seguían dándonos un baile.

-¡Corran carajo! ¡Marquen! ¡No se queden arriba esperando la pelota! -les grité a tres hermanos, que, buscando la sombra de un árbol, parecían extrañar la penumbra de Teatríz, donde habían pasado la noche bailando y sobre todo libando desmesuradamente.

-Échate agua, oye. Tampoco es la copa intercontinental -escuché con

amargura.

No hay duda: las nuevas generaciones no sudan la camiseta como la sudábamos antes; se abandonan con facilidad al cinismo y la apatía.

-¡Pusilánimes! -les grité, tras encajar el sexto gol-. Si esto fuera una fiesta rave, ahí sí se moverían felices.

Nada cambió en el segundo tiempo. Nos metieron cuatro goles más. Mis hermanos y yo, ocho zombis fatigados, dimos un espectáculo bochornoso y no pudimos siquiera urdir una jugada mínimamente vistosa. Dos de ellos, cuyos nombres omito por respeto, tuvieron que correr al baño para evacuar bucalmente los residuos de la mala noche. El menor, el que se iba a Colorado, me mandó al carajo cuando le pedí que tocara en primera porque estaba complicando la salida:

-Yo por lo menos le doy a la pelota -fue su respuesta, y yo sentí que nuestras relaciones fraternales se avinagraban aceleradamente, pues contesté:

-Ojalá aprendas a esquiar en Colorado, porque jugando fulbito eres un asno.

Extenuado, disminuido por el dolor de uña, irritado por las risitas burlonas de nuestros rivales, decidí meter la pierna fuerte y dejarle un recuerdo cariñoso a uno de esos enanos insolentes que nos iban ganando diez a uno. Aproveché una pelota dividida para meterle un puntapié artero al de polito azul, cuyo nombre ignoro pues le gritaban Chibolín. Este joven aguantó estoicamente mi embestida, siguió multiplicándose y, a juzgar por su mirada rencorosa, prometió venganza. En efecto, cuando lo encaré y metí un pique corto pegadito a la raya, se barrió en una carretilla miserable que acabó con mi canilla derecha, con el partido y con mi vida fulbitera. Tan desgarrados fueron mis gritos de dolor que uno de mis hermanos (el único que tenía breveté) me llevó a la posta médica de Cieneguilla, donde no pude ser atendido porque el médico de turno se había ido a la procesión de la Virgen Inmaculada.

El final del partido fue bien triste: no me despedí de mi hermano menor, pues terminamos peleados, intercambiando recriminaciones, él alegando que rifé muchas bolas, yo quejándome porque nunca bajó a colaborar en la defensa; tuve que pagarle cien soles a Melanio y aguantar que me dijera Jaimito, se nota que lo tuyo es la tele; y manejé de regreso a casa con la uña rota, luxación de tibia y peroné y una rabia infinita empozada en el alma.

-Nunca más juego fulbito -le dije a Sandra, cuando entré cojeando a la casa-. ¡Nunca más!

-Nunca más -dijo ella, sonriendo.